

Novelista Germán Marín

"Nueva narrativa, otro mito nacional"

Caso raro en la actual literatura chilena, Germán Marín trabaja como galeote y produce una obra compleja y caudalosa que impacta a sus lectores. Todavía no son muchos. "Por el momento soy gusto de pocos", dice Marín mientras enciende otro cigarrillo. Evita la vida social y el marketing y sigue escribiendo a mano. Tiene algo más de 60 años. Pasó por distintos colegios -entre ellos el San Ignacio- antes de llegar a la Escuela Militar. Fue una aventura breve. Después estudió unos años en Argentina, volvió a Chile y participó intensamente en actividades culturales junto a Enrique Lihn y otros jóvenes de entonces. Hizo periodismo, escribió algunos cuentos y una novela, "Fuegos artificiales", que se guardó en bodega al momento del golpe militar. Antes había trabajado en China en plena revolución cultural. Salíó al exilio que pasó entre Ciudad de México y Barcelona. En el primer tiempo produjo una obra de investigación, "Una historia fantástica y calculada: la CIA en el país de los chilenos", publicada por Siglo XXI. Muchos años de exilio no lo apartaron del trabajo literario, del que ahora comienzan los frutos. En 1995, Planeta publicó "Círculo vicioso", primer libro de una trilogía que recibió premios y felicitaciones. Al año siguiente apareció "El palacio de la risa" que contiene tres relatos breves.

Ahora ha publicado "El circo en llamas" (LOM Ediciones) prolija recopilación de prosas de Enrique Lihn y también la novela "Las cien águilas", segundo tomo de la trilogía que abarca el período de la Escuela Militar. Prepara otro libro, "Idola", que es -dice Marín- "una oscura historia donde se mezcla una ciudad condenada a agonizar, locura, pornografía y muerte".

Escribe con frases largas, llenas de resonancias. Recorridos memoriosos, ecos culturales, cartas con su corresponsal Venzano Torres -heterónimo suyo- desbordan páginas para refugiarse en notas que interesan a veces tanto como los textos.

¿Por qué Lihn?

"Preferiría hablar de por qué Lihn y 'El circo en llamas' y por qué 'Las cien águilas', al mismo tiempo. Los dos libros son de naturaleza distinta y de distintos autores, pero tienen en común más de algo. Se gestaron en un mismo ámbito de intereses y tensiones, que tiene que ver con el texto y el contexto de la creación literaria".

Explique, por favor, esas afinidades.

"'Las cien águilas' es un cuerpo orgánico que se deshace voluntariamente a través de distintas voces y procedimientos que asume el autor. 'El circo en llamas' es la recopilación de una obra aparentemente dispersa y fragmentaria que se cohesiona a través de la ética del escritor mantenida sin concesiones a lo largo de una vida. Hay un juego entre los dos libros: en uno de ellos el prólogo es como una página arrancada del otro libro, de la novela, y habla de Lihn casi como un personaje de ficción".

Ya que hablamos de "Las cien águilas", segundo tomo de la trilogía que comenzó con "Círculo vicioso", de claro sesgo autobiográfico, ¿ella se refiere a la experiencia suya como cadete militar?

"El centro de gravedad de esta obra es la vida de un cadete, el título está tomado del himno de la Escuela Militar. Para el muchacho extraviado en un mundo en que no

cree, el ingreso a la vida castrense es la tentativa de hallar allí una concepción de la existencia que lo salve. Quiere encontrar un código de valores, duro y puro. Es una tentativa infructuosa. El cadete-protagonista lleva en su alma un malestar -no encuentro otra palabra mejor- difícil de erradicar. En un determinado instante, eso explota y lo deja otra vez a la intemperie. El no se salvará. Tampoco el mundo que lo rodea, hechizado hasta entonces por el dulce sexo de las adolescentes, las fanfarrias y el sentimiento de los boleros".

¿Es entonces el relato de una derrota?

"En efecto, todo se disuelve en una profunda derrota. Aunada a un acto de vengan-

za en su vertiente colectiva por más sojuzgado que esté ese pueblo".

Con todo, nos movemos en un mundo de tópicos, de lugares comunes.

"Es verdad que estamos inundados de tópicos a la moda. Tenemos ahí el feminismo, el indigenismo, el homosexualismo, el juvenalismo, en una exacerbación de particularismos, por lo que han ido excluyéndose conceptos como clase social y otros. Hay en todo eso una buena trampa reaccionaria si se deja así. Para hablar como Pompié diría en mi calidad de ciudadano honesto, padre de familia, que me parece correcto sumar a esos sectores, sin embargo -y valga el paréntesis- se asiste al respecto a una

suerte de caída en la demagogia. Por lo demás algunos de sus promotores están haciendo de esto un delicioso juego de vivir. No quiero faltar a nadie pero pido más respeto por los sectores representados, muchos son oprimidos y, desde luego, más prudencia ante el dinero gringo".

Muchos consideran que la actual narrativa chilena es una de las más interesantes del continente. Usted ha dado opiniones críticas que contradicen esa afirmación.

"No quiero ser aguafiestas, pero creo que aparte de unas pocas obras aparecidas en estos años, estamos frente a una nueva superstición nacional, a la altura, digamos, de las pompas del éxito económico y de la llamada recuperación democrática. Si la propia crítica no tiene claro cuáles son los aportes de esta nueva narrativa ¿cómo se puede proyectar comparativamente dentro del marco latinoamericano que, además, conocemos apenas? Sabemos poco y nada de esas literaturas, incluso de los países vecinos, porque sólo se conocen las novelas y ensayos pertenecientes a circuitos editoriales multinacionales. Creo, finalmente, que resulta aburrido, pretencioso y colegial magnificar la nueva narrativa chilena, primero porque no es brillante".

¿Hay una especificidad propia en la literatura que la diferencia de otro quehacer?

"Esta pregunta ya la he ido respondiendo. Podría agregar lo siguiente: pienso que la práctica de la literatura conlleva una especificidad propia y, por tanto, su alcance social es distinto del de cualquier otro oficio. Tiene otro tiempo de inserción y, producto de esto, a veces otro destino como lectura".

¿Podría dar ejemplos?

"Hay novelas que se han transformado

en documentos -pienso en Nicomedes Guzmán- en poemas que, al volatizarse su lirismo de época, pueden leerse como proclamas de necesidades insatisfechas, cívicas, sociales, en fin, pienso en José Martí".

Y en cuanto a la responsabilidad social del escritor...

"Era un tema profuso en el pasado que ahora no se aborda. Sólo puedo dar cuenta de mí mismo porque, situado en el medio chileno, es difícil teorizar acerca de los otros con alguna objetividad. Sólo veo en torno -con excepciones, claro- exitismo y mediocridad. No comulgo con el titanismo de Carlos Droguett, expuesto en las páginas de PF, no hace mucho después de su muerte, pero me doy cuenta que es fácil resbalar por ese tobogán cuando se analiza la realidad de la literatura chilena. Digo esto con el respeto que me merece Droguett".

Usted rechaza la desesperación...

"No me atrevería, a ella le debo mucho, pero tiene a veces un precio: se cae en el maximalismo, en una suerte de retórica irracionalista que, a la larga o a la corta, es ineficaz. El imperio del yo termina por impregnar todo. Bajo esa dialéctica narcisista no se salva nada pero, a la vez, todo se salva por omisión. Este país puede convertir a ciertos escritores en unos energúmenos, véase a De Rokha, a Droguett, a Lira, y digamos también Lihn, quien se salvó por un pelo gracias a la muerte. Su poesía última iba por el camino de la desesperación".

La crítica se hace entonces sin sentido.

"Si yo digo que la obra de Marcela Serrano es prescindible; en verdad no estoy diciendo nada. Debería con paciencia describir su temática, su intervención en el feminismo rosa, su éxito de público como bestseller tercermundista, analizar las precariedades de su sintaxis, etc. Quiero señalar bajo este ejemplo del presente literario nuestro, que tal vez la responsabilidad del escritor arranca de la propia obra y, en una suerte de círculo, termina por volver a ella".

Volvamos al tema siempre recurrente del golpe militar y sus consecuencias.

"Obviamente para mí no fue sólo una fractura constitucional y el paso a un gobierno de facto. Fue algo mucho más profundo, provocado en parte por la naturaleza sangrienta de la implantación del régimen. El golpe nos separó a los chilenos en vencidos y vencedores. Hoy tal vez ese distingo ha desaparecido, pero veo aún esas aguas divisorias, en cuyos márgenes se pueden advertir, bajo distintas denominaciones -el nombre no importa- un país escindido. Llamémosles ricos y pobres, apocalípticos e integrados, o si se prefiere, lobos y ovejas, como el título de un poeta amigo mío. Toda esa cháchara está destinada a decir que el país sigue reordenado de acuerdo al canon impuesto en septiembre de 1973.

Digamos, sin despreciar los tímidos avances democráticos, exigüos ante los espacios que dominan los poderes fácticos existentes, que tras sacar cuentas, tal vez sólo cabe como entretención seguir cantando boleros a la espera de que Febo asome. A la realidad chilena le hace falta luz, si bien Lucho Gatica entona por ahí que nunca la noche es tan larga. Como en el espejo (moral) de Gogol, cuando el sol aparezca nuestro verdadero rostro y nos desagradará" ●

HERNAN SOTO

